

La revolución ignorada

Una isla democrática en la enseñanza española

QUE un profesor culpable de impuntualidad o de inasistencia injustificadas sea castigado por sus alumnos con una sanción económica o con la obligación de ir el sábado a la escuela a pintar paredes o a reparar una persiana es algo tan extraordinario que puede parecer increíble, si no inverosímil.

Que un profesor deba someterse periódicamente en clase a la crítica colectiva de sus alumnos, no sólo en lo que atañe a sus técnicas pedagógicas, sino también a su actitud y comportamiento, es algo tan insólito que se diría una secuencia de "El fantasma de la libertad", de Buñuel.

Y sin embargo, tales hechos, que constituyen tan sólo las apariencias más espectaculares de un revolucionario sistema educativo, excepcional y profundamente democrático, son ciertos, reales, comprobables.

No hay que ir a China ni a la isla cubana de Pinos para verlo. Basta

desplazarse al suburbio madrileño del Pozo del Tío Raimundo.

Es lo que ha hecho el periodista. La Escuela Profesional 1.º de Mayo ha abierto sus puertas a TRIUNFO, y, durante tres días consecutivos, el periodista ha ido con sus canas, su bloc y su plumier a sentarse en los pupitres de las aulas, en las

hace ya una treintena de años se frotaba con ajo las manos, porque, como decíamos entonces, "con ajo duelen menos". Los varetazos en las manos con que los maestros de entonces —los supervivientes por sus propios méritos a la depuración franquista— intentaban domarnos y enseñarnos nuestro sitio en la sociedad. (Y nuestro sitio en la socie-

tantos adeptos conserva bajo las múltiples formas del espíritu autocrático con que todavía offician los dómynes-vara de la educación clausista y represiva. El olor a ajo de la pedagogía de antaño se ha transformado en el olor a rancio de la autoritaria pedagogía de hogaño.

La Escuela Profesional 1.º de Mayo se sitúa en las antípodas de este sistema, aunque al precio de erigirse en él como una isla. En ello radica su grandeza. Y su miseria.

Miguel Salabert

o en el suelo de las asambleas de los alumnos. Durante tres días, el periodista ha convivido con un centenar y medio de chicos y chicas de catorce a diecisiete años, y con una decena de profesores tan jóvenes, que algunos de ellos son difícilmente diferenciables de los alumnos.

Lo que durante esos tres días ha visto y oído el periodista le ha hecho frotarse los ojos y las orejas con la misma intensidad con que

dad no era otro que el inmenso y genérico de los "pobres", puesto que se nos había privado hasta de nuestra clase, al haberse prohibido, por decreto, la existencia de clases sociales, o, lo que es lo mismo, su manifestación.) En aquellos tiempos, la letra (incluida la del "Cara al Sol") entraba mejor con sangre, aunque solía suceder que saliera más sangre que letras entraban en nuestros tiernos meollos. Era la pedagogía del palo y tente tieso, que

Una escuela de democracia

La finalidad oficial, por así decirlo, de la Escuela es la de formar, en tres años, mecánicos, electricistas y delineantes titulados, según los programas establecidos por el Ministerio de Educación para la Formación Profesional. Nada distingue en este aspecto a la Escuela 1.º de Mayo de tantas otras, si no es una



En la Escuela Profesional 1.º de Mayo, del madrileño Pozo del Tío Raimundo, todas las decisiones se adoptan democráticamente por votación a mano alzada.

La revolución ignorada

mayor pobreza en dotación material. Pues la Escuela es casi tan pobre como el barrio en el que hunde sus raíces.

Lo que singulariza, lo que confiere una neta especificidad a este centro docente es que es una escuela de democracia. Y la democracia no es en ella una asignatura, sino una práctica vivida cotidiana y radicalmente hasta en los más mínimos detalles.

Es el profesor Laurentino de Miguel, apenas asomado a la treintena, quien nos expone las ideas básicas en que se asienta el sistema de la Escuela.

—Tenemos una concepción de la enseñanza muy distinta de la vigente en la escuela y en la sociedad. Para nosotros es fundamental que el alumno sea y se sienta protagonista y el centro de todas las actividades de la Escuela. Pensábamos antes —y la práctica nos ha dado ya la razón— que la mejor forma de hacer funcionar una escuela es la de lograr la participación total y directa del alumnado en su propia formación. Nosotros diferenciamos la función de gobierno de la función docente. La función de gobierno no debe ser de competencia exclusiva del equipo docente, sino que ha de ser ejercida por un organismo mixto de profesores y alumnos. De ahí la composición paritaria de nuestro claustro. Y ya más específicamente, nuestra preocupación mayor ha sido la de encuadrar nuestra pedagogía en el contexto social de este barrio de chabolas, que es el Pozo, y Palomeras, y Entrevías. Ello nos obliga a formar hombres con plenitud, obreros conscientes y solidarios de su clase, no individualistas ni desclasados. La participación plenamente democrática de todos los miembros de la Escuela en esta tarea es la mejor garantía del éxito y, además, es ella la que ha conseguido dotar a la Escuela de un atractivo y un aliciente culturales que los chicos no podían hallar en un contexto social como el del Pozo, en el que la cultura es un lujo inaccesible. Un profesor no es más que un alumno; esto es lo primero que enseñamos aquí a los chicos. Y no con discursos, como el que estoy haciéndote, sino con la práctica. Tú lo verás.

—La forma en que ha cristalizado esta práctica democrática es la de la cogestión profesores-alumnos, cuyo esquema queda reflejado por el organigrama que figura en el recuadro A.

—Pero un organigrama es algo que con frecuencia reviste la forma de un organismo disecado, que halla su nicho en una pared. El de esta Escuela no está colgado en ninguna pared; está escrito, o por mejor decir, inscrito, en la práctica de todos. Es un organismo vivo. Veámoslo vivir.

Una asamblea de alumnos que deja turulato al periodista

Jueves, 19 horas. Los 135 alumnos del centro, de los que unos 25 son chicas, todas ellas adscritas a la sección de Dibujo Lineal, se hallan reunidos en su asamblea semanal, en la sala que les sirve de lugar de reunión para oír discos, jugar a las damas o para fumar un "pito". Preside y modera la asamblea Isidro Ramos, el delegado de alumnos, asistido por un secretario que lleva el turno de palabra. Los límites de edad de los asistentes: de catorce a diecisiete años. Los pequeños, los del primer curso, son mayoría. La asamblea está formada exclusivamente por alumnos, con la única presencia extraña del periodista. Los profesores mantienen sus propias asambleas. Y al comienzo de cada trimestre se celebra una asamblea mixta de alumnos y profesores.

El orden del día está formado por la revisión de los estatutos de la Escuela, la presentación de un "Tema formativo" consistente en la lectura de un trabajo, elaborado en equipo, sobre Mao Tsé-tung, y la crítica de asuntos varios.

Isidro abre la sesión anunciando que los estatutos que va a someter a discusión y votación por la asamblea han sido elaborados por una

comisión paritaria de profesores y alumnos. La asamblea, dice, deberá introducir las enmiendas y rectificaciones que crea oportunas antes de someter los estatutos a la votación del claustro, órgano máximo de gobierno de la Escuela, formado por diez profesores y diez alumnos. El punto de la obligatoriedad de la asistencia al claustro, a menos de una razón justificada, suscita las primeras intervenciones.

—Bueno, yo quería decir una cosa —es un chaval de segundo quien habla—, y es que si uno de nosotros no puede asistir al claustro, pues lo sustituimos y se acabó, pero si un profesor está enfermo, no se le puede reemplazar porque no hay más, y así quedan en inferioridad. A mí no me parece eso justo, ¡vaya!, y por eso yo propongo que si falta un profesor al claustro se retire un alumno.

Se alzan varios brazos. El secretario apunta los nombres y el moderador va dando los turnos de palabra.

—Yo, ese problema, vamos, que no lo veo. Porque en el claustro no sé por qué tenemos que votar una cosa porque la diga un alumno. Yo si creo que un compañero tiene razón, voto por lo que diga, pero si me parece que es un profesor el que la tiene, pues voto por su proposición. Que para eso estamos aquí aprendiendo a razonar, ¿no?

—Yo quería decir que si falta un

profesor, pues que se aplace el claustro.

—A mí no me parece bien eso. Yo propongo que si falta un profesor le dé el voto a otro profesor.

—Pues yo no estoy de acuerdo con lo de la compañera. Porque, un suponer, si doy un voto a un compañero, a lo mejor ocurre que luego no vota como yo lo habría hecho. Y esto es lo que yo quería proponer, que voten sólo los que estén presentes.

—Yo quería decir una cosa, y es que hemos visto una infinidad de veces que los profesores votan por proposiciones nuestras, y que ellos no votan, ¡hala, ahí todos en bloque!, y que muchas veces no están de acuerdo entre ellos, como nos pasa a nosotros. Por eso me parece bien lo que habla dicho Luis Miguel.

—¿Alguna proposición más? —pregunta Isidro—. ¿No? Pues vamos a votar por cada proposición. Hay cuatro: que se retire un alumno, que se aplace el claustro, que un profesor dé su voto a otro y que voten sólo los presentes.

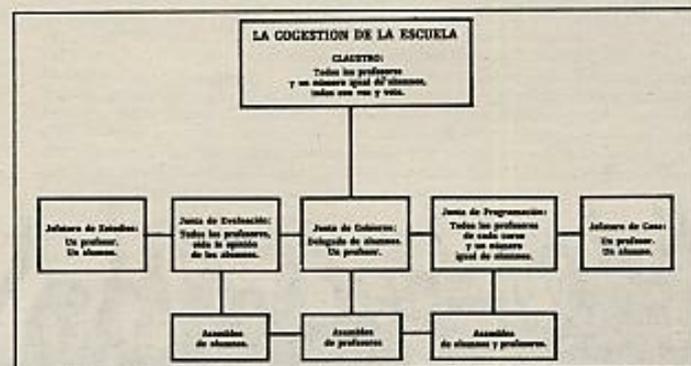
Cada una de las proposiciones es votada a mano alzada. Isidro cuenta los brazos y apunta el resultado en un cuaderno. Hay mayoría porque voten sólo los presentes.

El periodista está literalmente turulato. Jamás ha presenciado una asamblea de adultos en la que reinen tanto orden, tanta disciplina, tanta madurez. El respetuoso silencio con que se escucha a cada uno es tan grande que se oíría el vuelo... de la paloma de la paz.

El cuaderno de Isidro: "debo ser más democrático"

Tanto orden, tanta gravedad, tanta disciplina en un cónclave de chicos de trece, de catorce, de dieciséis años... Al periodista, que oficia aquí de escriba y de notario, le asalta un mal pensamiento. ¿Será que hoy han sentido fijos sobre ellos los millares de ojos de los lectores de TRIUNFO, pese al pacto establecido de que todo en la escuela durante mi presencia transcurriría normalmente? Se lo comunico a varios, y todos me dicen que las asambleas siempre se desarrollan así, y que ésta "ha sido una de las peores, porque el tema de los estatutos es menos polémico que otros".

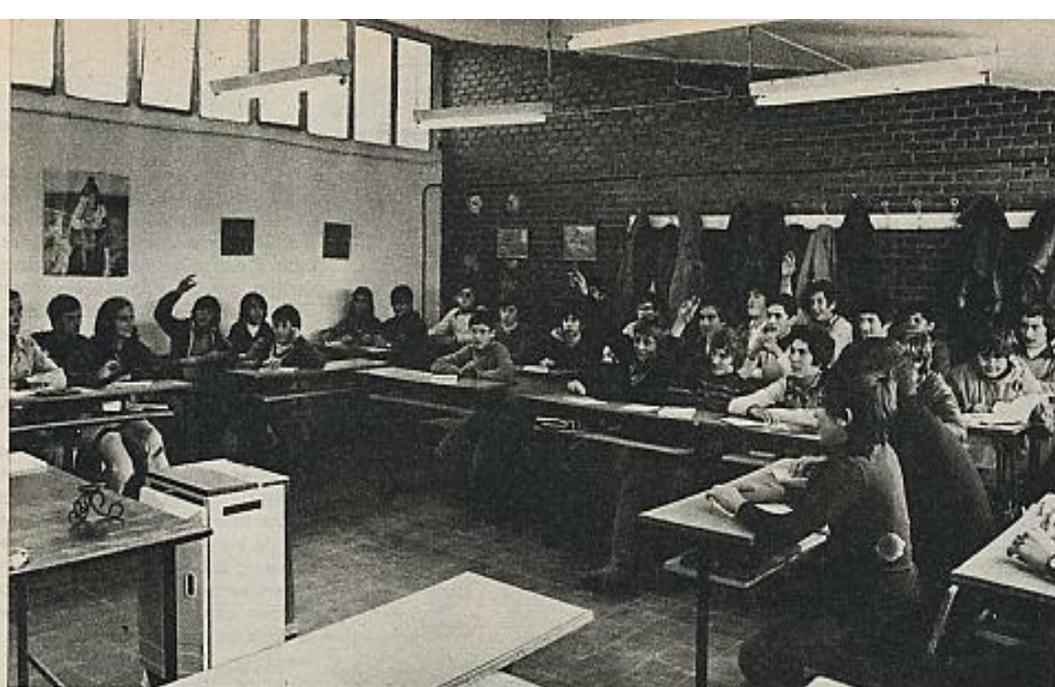
Para saber qué temas han abordado en otras asambleas pido a Isidro el cuaderno en que le he visto apuntar las votaciones. No sólo me lo deja, sino que me autoriza a utilizarlo. Cada asamblea está fechada y anotado su orden del día. Leo: "Campaña electoral de cargos, lugares donde fumar y donde no se debe, normas de conducta, críticas al comportamiento de los cargos, actividades culturales y periódico de la Escuela, presupuesto de deportes, marcha de los estudios, bi-



Organigrama de funcionamiento del centro.



La escuela es casi tan pobre como el barrio en el que hunde sus raíces.



Aquí un profesor no es más que un alumno. Es lo primero que se enseña a los alumnos. Y no con discursos, sino en la práctica cotidiana.



Los alumnos trabajan y estudian como en pocos sitios, porque se exigen a sí mismos más aún de lo que nosotros les exigimos.

bliblioteca, cotizaciones para arreglar los balones pinchados, relaciones con la Asociación de Vecinos, crítica de cada curso, crítica de la asamblea anterior, excursiones, visitas a fábricas, informe sobre el presupuesto económico de la Escuela, etcétera.

Y entre los "temas formativos": cristianismo y socialismo, cultura y formación profesional, la droga y la juventud, la sexualidad, el Tercer Mundo, Mao...

El cuaderno de Isidro contiene otras notas de interés. Como, por ejemplo, el presupuesto detallado de la Escuela, cuyos gastos totales ascienden a cuatro millones de pesetas, sufragadas en su mayor parte por don Ignacio Sancho Rosa, por el Ministerio de Educación y por los alumnos, que pagan 375 pesetas al mes. Hace unos años

era la Escuela la que tenía que pagar a los alumnos para evitar que sus padres les pusieran a trabajar. Todos los gastos de la Escuela figuran en el cuaderno de Isidro, incluidos los sueldos de los profesores, que ascienden a la modestísima cifra, para el que más, de 22.000 pesetas mensuales (15.000 el año pasado). Todo es transparente en esta Escuela.

Isidro ha resumido también las discusiones mantenidas por profesores y alumnos en el claustro acerca de la admisión de un nuevo profesor y de los criterios en que debía basarse.

Y también las críticas que sus compañeros le han hecho en las asambleas y en las "tomas de contacto", de que luego hablaremos. Gravemente, Isidro apunta las críticas que se le han hecho, dejando

entre una y otra un amplio espacio. Un espacio emocionante, porque uno cree ver en él el lugar de la reflexión y de la introspección. Helas aquí, transcritas textualmente: "Dicen que soy demasiado blando en diversas cosas (pasillos, niñas, etcétera); que me dejó influenciar por Miguel; que debo ser más abierto a los demás y dar a todo el mundo; que no me he preocupado de algunos problemas; que no soy neutral; que debo tener más ideas y expresarme mejor; que debo ser más democrático".

"¿Quieres una calada, Prefa?"

Viernes, 12 horas. Reunión del claustro en la biblioteca, con ausencia de dos profesores, el direc-

tor de la Escuela y otro, que se hallan haciendo importantes gestiones en el Ministerio —"la gaita", me dice, guiñándome un ojo, uno de los más jóvenes miembros del claustro—. El director, Miguel de Miguel, antes de salir hacia el Ministerio, me había dicho con una ancha sonrisa:

—Aquí, el director es una figura muy importante de puertas afuera. Porque, como ves, de puertas adentro no pinta nada.

Hoy es el cumpleaños de uno de los de tercero, y los dos delegados al claustro de ese curso hacen una entrada espectacular en la sala, con dos vegueros, medio consumidos ya, colgados de la boca.

—¿Quieres una calada, Prefa? ¡Anda, que la estás deseando! —el tiempo que le tiende el medio puro chupeteado.

A quien así se dirige Vilches es a Enrique Prefasi, el profesor de Letras, el más venerable por su edad de los profesores. La barba rubia y el aspecto jovial le roban a Enrique un puñado de "tacos" a su cuarentena. Más de un año tardaron en enterarse de que Enrique es jesuita. Al igual que a Juanjo, el párroco, y también profesor de la Escuela, a Enrique no se le nota "el pelo de la dehesa". Tiene pinta de intelectual "progre". Y es un intelectual, pero mucho más serio que un "progre". Enrique, como Juanjo, es uno de esos curas que entre el más acá y el más allá han apostado limpiamente por los dos campos, de esos que en lo más íntimo de sus fueros, en el ardor de su fe, dan a Dios lo que es de Dios, y en sus vidas dan y reciben al pueblo lo que es del pueblo. O dicho de otra manera, ¡vaya!, esos curas que han hallado la ardiente conciliación de la fe y del marxismo.

En esta Escuela que se autodefine como aconfesional, la Religión es una asignatura libre. Va el que quiere. Y lo cierto es que van muchos. Pero allí lo que se enseña es Teología. "Ya quisieran muchos curas viejos, de esos de Misa y olla, que todavía quedan, tener la cultura teológica con que salen los chicos de aquí", me dice Juanjo.

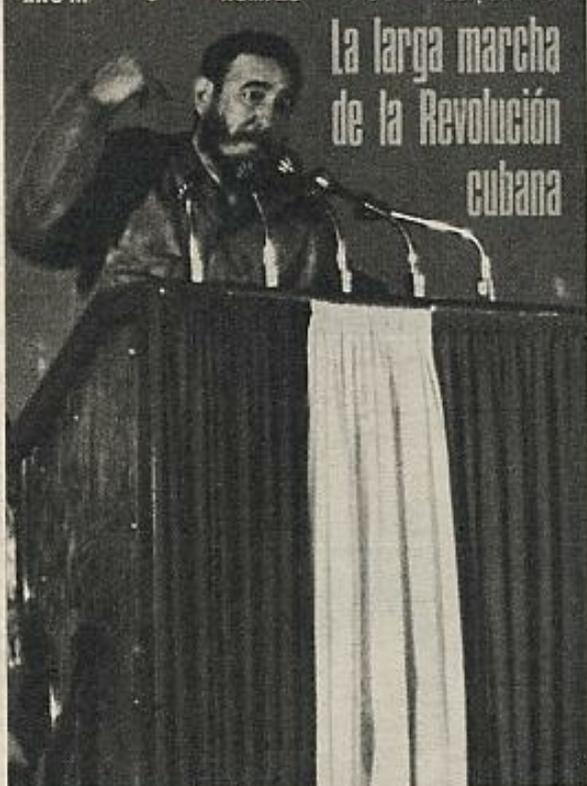
Pero estábamos en el claustro. En torno a las mesas de la biblioteca, tres chicos y una chica de catorce años y seis más entre quince y diecisiete se sientan con los profesores para constituir el órgano de gobierno de la Escuela. Si esto no fuera tan serio —tan... ¿lo diré?, tan emocionante—, casi daría risa ver a estos chavales de catorce años tan solemnes, asumiendo tan gravemente sus funciones de rectores de la Escuela. Pero no da risa, no.

El claustro tiene por funciones: velar por la línea ideológica y formativa de la Escuela, decidir de la admisión y expulsión de alumnos y de profesores, elegir o destituir al director de la Escuela y al profesor jefe de estudios, tratar de todos los asuntos de gestión y administración, controlar a la Junta de Gobierno en su misión del mantenimiento del orden y la disciplina, etcétera. Las decisiones del claustro son inapelables.

YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO de HISTORIA

AÑO III • NUM. 25 • 60 PESETAS



Director:
Eduardo Haro Tecglen

En su número 25, TIEMPO DE HISTORIA incluye los siguientes temas y artículos.

LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA, por Teófilo Ruiz Fernández • ESPAÑA-USA. PARALELISMO HISTORICO DE DOS GUERRAS CIVILES, por Juan García Durán • MERCENARIOS HISPANOAMERICANOS EN LA GUERRA CON MARRUECOS, por Carlos Sampelayo • AL FINAL DE UNA GLORIOSA CONMEMORACION: LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA, por José Miguel Fernández y Rafael Tamayo • 1876-1973. PAU CASALS, UN MUSICO Y UNA ACTITUD, por José Ramón Rubio • NOTICIA DE FELIPE TRIGO Y ¿POR QUE SE SUICIDO FELIPE TRIGO?, por Fernando García Lara • EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO. LA POESIA ANTISEÑORIAL DE RAMON CABANILLAS, por J. A. Durán • ESPLENDOR Y DECADENCIA DE MONFORTE DE LEMOS, por Pedro de Frutos G. • EN LAS SOMBRAS DE LA "GUERRA FRIA": GEHLEN, "MAESTRO DE ESPIAS", por Fernando Martínez Lainez • ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara • A LOS SESENTA AÑOS DE SU NACIMIENTO. LA SUBVERSION DADAISTA, por Eduardo Haro Ibars • LIBROS: La enseñanza durante la II República; El carlismo gallego; Al-Andalus: Hace mil años; "Negaciones", nuevo instrumento crítico • TEATRO: "Julio César" y la lucha por el poder. Un texto de Juan Antonio Hornigón • CINE: Canciones para antes de una ruptura, por Juan Antonio P. Millán; "La espada negra", una fotonovela de la Historia, por D. G. • DEBATE: ¡Viva Puerto Rico yanqui!

EN EL NUMERO DE DICIEMBRE

TIEMPO de HISTORIA

La revolución ignorada

Con plena participación de todos, el claustro refrendó con mínimas modificaciones de detalle los estatutos votados en la víspera por la asamblea de alumnos.

Curiosamente, la asamblea del claustro se desarrolló con menos austeridad que la de los alumnos. Los profesores introducen en el claustro una nota de humor que está ausente de las asambleas de los muchachos. Estos tutean a todos los profesores y les gastan bromas. Las relaciones entre profesores y alumnos son de una camaradería total. Yo lo he visto. Y lo digo.

Reunión con los "jerarcas"

Lo mejor es que sean los alumnos quienes nos digan cómo funciona la Escuela. He reunido a todos los "jerarcas"—privándoles del recreo— para escucharles. Todos han sido elegidos para sus cargos por toda la Escuela, mediante votación secreta, y por un año de duración, a menos que sean revocados en asamblea plenaria.

Isidro, el delegado de alumnos, nos es ya conocido.

—Yo formo con un profesor, elegido por sus compañeros, la Junta de Gobierno, que tiene la máxima autoridad en cuestiones de orden y disciplina como delegada del claustro. Represento a los alumnos en el claustro, y en el Patronato de que depende esta Escuela. Debo dirigir las asambleas de alumnos, coordinar todos los cargos, asistir a las "tomas de contacto" y controlar la asistencia y la puntualidad de los profesores, imponiéndoles sanciones si no cumplen.

—¿Las impones tú?

—Bueno, yo solo no. Esto lo discuto con mi cogestivo de la Junta de Gobierno, que ahora es el director de la Escuela, Miguel. Si Miguel no está de acuerdo, el asunto habría que llevarlo al claustro. Pero esto no ha ocurrido todavía, porque siempre que he propuesto una sanción a un profesor, como estaba justificada, Miguel la ha aceptado.

—¿Qué sanciones imponéis a los profesores?

—Pues, por ejemplo, venir un sábado a pintar paredes, puertas, o a reparar material... O a pagar 500 pesetas, que van al fondo de la Escuela. O a venir una hora antes durante una semana, como hicimos con una profesora porque se había dormido y llegó tarde. Generalmente se les invita a que se auto-sancionen. Pero esto ocurre con muy poca frecuencia, es muy raro, porque se sienten obligados a dar ejemplo y son muy disciplinados.

Rafael Osuna, de segundo, es el subdelegado de alumnos.

—Yo llevo la biblioteca, en cogestión con Susi, el profesor jefe de estudios. Tengo que suplir a cualquier delegado que falte, y dirigir la hora de estudios, de siete a ocho de la tarde.

Agustín Coruña, de tercero, es el jefe de casa.

—Yo tengo la responsabilidad de controlar todo el material y las instalaciones. Si algo se estropea, somos nosotros los que lo reparamos. Y eso que tenemos muy poco tiempo, porque aquí los profesores nos exigen mucho en los estudios.

Mari Luz Araque y Luis Miguel García son los delegados de sala, responsables del orden y del mantenimiento del material en la sala de recreo.

Purificación Cano y Celestino González son los chisqueros, encargados de que no falte la música en los talleres y de poner los himnos de los países cuando en el patio se iza la bandera por la mañana, y las canciones cuando se arria por la tarde. La izada de banderas en el patio, a las nueve de la mañana, se realiza desde la fundación de la Escuela, en 1961. Fue el padre Llanos quien implantó esta ceremonia. Pero actualmente se hace en honor de la clase trabajadora de cada país. Y lo que pudiera haberse convertido en un ritual formalista cobra vida cada mañana con la lectura de un breve texto elaborado por los alumnos o bien de un poema de Miguel Hernández, Alberti, Machado, Neruda, etc.

La formación en el patio por cursos se hace cuatro veces al día, para la ceremonia de la bandera y al final de los recreos para asegurar la entrada en orden a las clases de cada curso. Javier Martínez es el delegado de formación, responsable de la disciplina y del silencio durante la misma.

Por último, cada curso tiene un delegado que vela por la marcha de los estudios y que organiza, si éstos van mal, horas suplementarias de estudio en equipo.

Las tomas de contacto

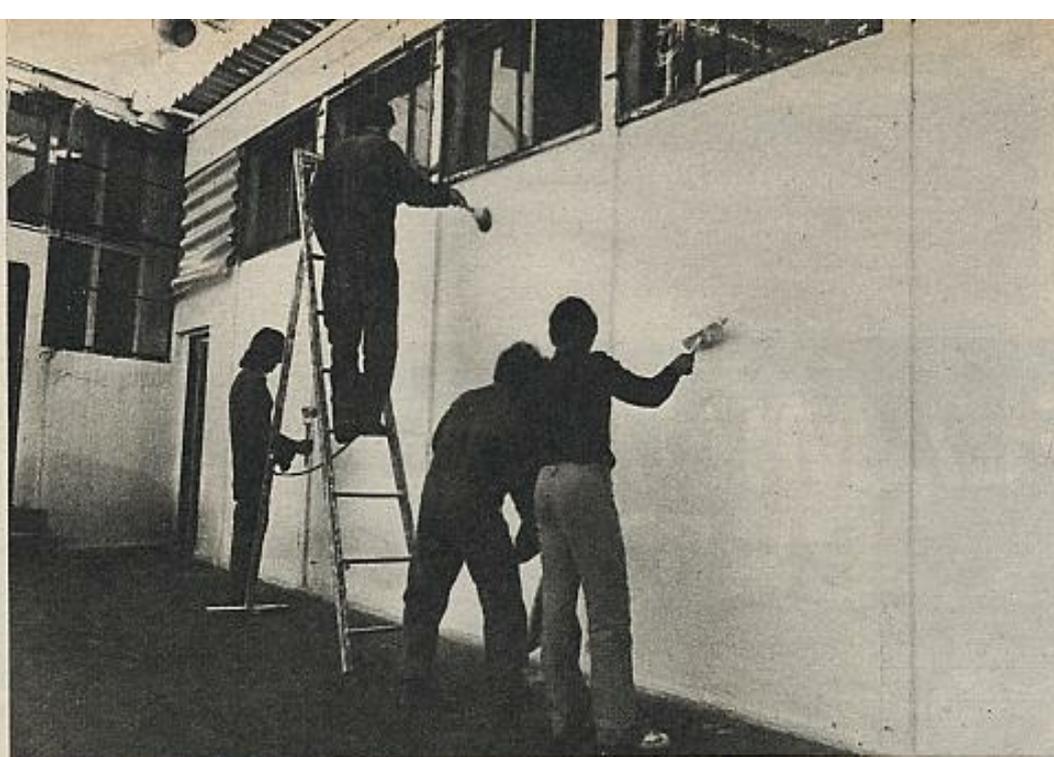
Cada semana, todos los cursos realizan durante una o dos horas una sesión llamada "toma de contacto" bajo la moderación de un profesor que troca en dichas sesiones esa su condición por la de tutor. Cada curso elige entre el equipo de profesores su propio tutor.

En esta semana, las tres "tomas de contacto" a que ha asistido el periodista han sido dedicadas a la crítica, o si se prefiere, a la autocrítica colectiva.

Son los alumnos los que proponen los temas a discutir en esas sesiones en las que los tutores se limitan a presidir y a extraer las conclusiones de los debates.

Tercer curso. Nicolás abre el fuego criticando la insuficiente atención dedicada a los de primero.

—Somos nosotros, los de tercero, los que tenemos la responsabilidad de inculcar a los pequeños el espíritu de la Escuela y de enseñarles la cogestión. Al fin de este curso nos iremos y nuestra Escuela debe seguir siendo igual y aun mejor. Y todavía no hemos hecho apenas nada.



En la Escuela 1.º de Mayo se forma a obreros conscientes y solidarios de su clase, no a individualistas ni desclasados.

Sigue una discusión sobre la mejor manera de hacerlo, si por grupos o individualmente, con la conclusión de que, sea como fuere, es inaplazable.

Ramón se levanta para decir: "En el examen de Teología de la semana pasada se fue el profesor y hubo unos cuantos que copiaron. Ya es increíble que esto se haga en primero o en segundo, pero hacerlo en tercero es, no sé, me parece inadmisiblemente en nuestra Escuela. Creo que debemos ser más responsables y que esto no debe ocurrir nunca más.

Es permanente la perfectibilidad por la crítica del grupo y la autocrítica en público. Todos los alumnos me hablan del profundo cambio vivido por ellos. Isidro: "Cuando vinimos aquí lo hicimos sólo con la idea de aprender un oficio para ganar lo más posible. Esa era la idea de nuestros padres, pero ya no es la nuestra". Nicolás: "¡Y pensar que cuando vine aquí yo no era más que un macarrilla, que no me preocupaba más que de divertirme! No sabíamos pensar y éramos un puñado de individualistas y egoístas". Puri: "Aquí nos enseñan sobre todo a razonar. Aquí no se puede dar una opinión si no se razona".

Le pregunto a Enrique Prefasi: —Dime, Enrique, esta crítica y autocrítica permanente, ¿no arriesga movilizar una cierta hipocresía, un cierto exhibicionismo o un cierto masoquismo? Y en los más pequeños, ¿no cabe el peligro de la represión coercitiva por el grupo de su vitalidad y espontaneidad individuales?

Enrique me desmonta el "distanciamiento crítico" en que yo quería situarme.

—La mejor respuesta a tu "pega" intencionada —ríe—, porque te veo con temor de que te salga un reportaje hagiográfico, te la dan los

casos de algunos chicos con serios problemas psíquicos y de inadaptación que nos ha mandado un psicólogo. Todos se han hecho normales, porque este sistema que estás viendo es la mejor psicoterapia. ¿Una madurez excesiva? Estos chicos son mucho más maduros que los de las familias burguesas. A sus catorce años lo han visto ya todo.

Tiene razón. Es cierto que estos chicos y chicas del Pozo le han visto los dientes a la vida desde que nacieron.

La revolución del 3 de enero

Todo comenzó con una carta insólita de los alumnos al cuadro de profesores de la Escuela, con fecha del 24 de diciembre de 1971. En su carta, los alumnos decían que les avergonzaba gozar de unas vacaciones tan largas mientras sus familias trabajaban, y solicitaban que la reanudación del curso, fijada para el día 10, se adelantara al 3 de enero. Por ello, invitaban a los profesores a reincorporarse a sus puestos en esa fecha.

Seis profesores tan sólo respondieron al requerimiento y se presentaron el día 3 de enero. Pero la negativa de la dirección de la Escuela a la apertura determinó a los alumnos a ocuparla. Así lo hicieron y se pusieron a trabajar en los talleres. Se les cortó la corriente. Los alumnos se reunieron entonces en asamblea. Y de ese proceso asambleario empezaron a surgir las reivindicaciones de los alumnos que se concretaron en dos fundamentales: que el ideario del padre Llanos con que se había fundado la Escuela se llevara a la práctica, y que esta práctica revistiera el contenido y la forma de la cogestión alumnos-profesores.

El claustro de profesores se divi-

dió en dos posiciones. La de los que apoyaban plenamente las reivindicaciones de los alumnos y la de los que aceptaban una cogestión limitada a un 10 ó 15 por 100, pero nunca al 50. "Los alumnos no estaban preparados para eso, el sistema iba a degenerar en la anarquía, etc.". Los que apoyaban la actitud de los alumnos respondieron con un documento que decía: "Debemos salir al paso de la desconfianza en la capacidad de estos jóvenes para compartir la gestión de la Escuela. Somos los educadores los que hemos de hacer posible con la formación que les impartamos el que estos muchachos sean responsables y serios a la hora de actuar en esta labor conjunta".

La realidad les ha dado razón.

La presión de los alumnos con sus continuas asambleas y, finalmente, el apoyo decisivo del padre Llanos, dio la victoria al sistema de cogestión, que ha ido perfeccionándose en estos años. Pero ello fue al precio de la partida de todos los profesores opuestos al sistema, así como de los miembros del Patronato que les apoyaban. Ello se tradujo en un mayor empobrecimiento económico de la Escuela.

Tras toda revolución, las palabras más usadas son las de "antes" y "ahora". Son dos de los protagonistas de la revolución del 3 de enero, los entonces alumnos y hoy profesores de electricidad y de mecánica de la Escuela, Jenaro y Jesús Susi, quienes nos hablan de "antes".

—El director era omnipotente. La disciplina, a cuyo cargo estaba un profesor llamado jefe de disciplina, era muy dura. Y, sin embargo, la autodisciplina de hoy es mucho más eficaz. Los alumnos no tenían la menor participación. La única misión de los delegados de curso era la de pasar lista y la de ayudar a los profesores. Era una Es-

cuela como todas las demás. Con mucho más paternalismo.

—¿Qué tal salen preparados de aquí, técnicamente hablando?

Es Susi, el jefe de estudios, quien responde: "A mil codos por encima de muchísimas escuelas de formación profesional. Los alumnos trabajan y estudian como en pocos sitios, porque se exigen a sí mismos más aún de lo que nosotros les exigimos. Yo salí hace poco de esta Escuela y ¡qué diferencia entre antes y ahora! Estoy bien situado para decirlo. Y podrían salir aún mejor preparados si tuviéramos mejor material, mejores máquinas. ¡Fíjate qué talleres tan pobres! Aquí tenemos que suplir esto con habilidad, pero... No podemos comprar nada. Funcionamos gracias a la generosidad de don Ignacio Sancho Rosa, que está dando más de dos millones cada año, y sin meterse en nada, y de una pequeña subvención del Ministerio. Pero no es suficiente. Esta Escuela necesita ayuda. Por eso no hemos podido crear la sección de enseñanza para administrativos, que nos permitiría acoger a muchas chicas del barrio.

A Enrique Prefasi le preocupan los libros, la pobreza de la biblioteca. "Si tuviéramos libros, estos chicos podrían leer más. En sus casas no hay un solo libro".

Rafael Osuna, cogerivo de la biblioteca y del jefe de estudios, me dice con ansiedad: "¿Usted cree que si yo fuera a las editoriales a pedir algunos libros nos los darían?".

El Pozo rebosa...

Esta es la Escuela 1.º de Mayo. Hablar de la Escuela sin hacerlo del Pozo del Tío Raimundo en que el centro hunde sus raíces es como describir un árbol por su tronco cortado. Pero el Pozo del Tío Raimundo, ese barrio clandestino de chabolas hoy "mejoradas", casi "presentables", tiene tanta literatura que no queremos agravarla. Desde los años cincuenta ha caído por allí tanto señorito bien intencionado —aquellos estudiantes que iban a construir chabolas y se llevaban a la Universidad el barro puesto—, tantas damas de asociaciones de beneficencia y tantos periodistas sensibles, que el barrio está ya harto de literatura y paternalismo. Ha llovido mucho desde entonces, pero el barro sigue en sus muchas calles sin asfaltar. La literatura del Pozo se escribe con palabras simples y terribles: hambre, miseria, promiscuidad. Y sus habitantes no las escriben ni las leen, las viven. El Pozo del Tío Raimundo rebosa de injusticia.

El Pozo del Tío Raimundo ha recibido muchas peregrinaciones al conjuro de la "caridad". Hoy las rechaza. Pero sí hay una peregrinación que merece el camino. La de los educadores dignos de este nombre. A esta Escuela ejemplar y única. Una isla. ■ MIGUEL SALABERT. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.